



reinado en las costumbres, en la ciencia y en la vida; la negación, en fin, de todo lo espiritual, de todo lo progresivo, de todo aquello que constituye hasta la expresión misma de lo que allá en el fondo de su alma tal vez acaricien esos mismos desgraciados pensadores, es necesario levantar la voz de la verdad.

Porque á tal punto haya llegado la negación de los verdaderos progresos de la ciencia en Europa, no debemos ni podemos replegar la bandera de la Historia, y llorar como vencidos y como esclavos en las solitarias orillas del mancillado Tiber, hallándonos en posesión de la verdad científica, filosófica é histórica.

Nacen estos errores de la ignorancia capital que domina en el saber humano acerca del origen del hombre, de su misión en la tierra y de su fin.

Hoy la ciencia filosófica discurre sobre estos problemas con la misma incertidumbre que el sacerdote chino ó egipcio, que el sofista griego ó el soberbio romano, y asusta contemplar teorías que salen á luz, con aplauso de los más, ó declaraciones de pueblos rebelados, que en loca é insensata forma lanzan á la faz del mundo civilizado declaraciones tan inauditas sobre Dios y el origen y destino del hombre, como las que Europa entera leyó con asombro en los diarios de los comunistas de París.

¿Adónde vamos por estos caminos? Si la ciencia existe, ¿cómo no sancionar con augusto sello las conquistas de la verdad? Si la ciencia racionalista posee principios ciertos, innegables, puntos inexorables de partida, bases de certidumbre universal, inmediata, cierta y positiva, ¿qué hace en ese sueño presente, en esa inacción criminal, que no levanta su voz, envía sus apóstoles por toda la faz de la tierra, y dice y enseña al hombre la verdad, y le revela el nombre y las dotes de su Dios, de su religión, de su moral, de sus costumbres, de su política y de su historia?

Y si ni tiene Dios, ni altar, ni ley, ni historia, ni ciencia, ni certidumbre, ni códigos, ni costumbres, ni moral, ni dogmas, ni verdades, ¿por qué no cede el paso á la doctrina de Cristo?

¿Señalará su origen al hombre, su destino y

su fin? ¿Descubrirá á su razón la Historia de los pasados siglos? ¿Iluminará, en fin, los tristes caminos de la vida? ¡Ah, no! Ya lo vemos, ya lo hemos visto: desde Maquiavelo á Hegel, todo en la ciencia humana es oscuridad, y negación y duda.

Contra tantas negaciones, la Filosofía católica, la madre cariñosa de las ciencias, del progreso humano santificado y de la cristiana civilización, en cuyo seno exclusivamente mora la santa libertad de los pueblos, es la única Filosofía que posee el secreto de la Historia. Y no sólo bajo este concepto la Filosofía de la Historia aparece iluminada, sino que existe otra luz, otra luminaria de lo alto, que sirve para guiarnos seguramente á la explicación de las causas de los hechos de la vida, respetando como ninguna escuela humana la preciosa libertad del hombre.

Como obreros de la Historia cristiana, vamos recopilando, según dijimos en nuestras primeras páginas, las enseñanzas y doctrinas de aquellos sábios que cooperan con mejores y más altas dotes á la progresión de la verdad; en este supuesto, no nos atrevemos, como nos fuera fácil, á tocar y renovar las ideas y conceptos, que bajo el punto de vista dogmático, nos ofrece el ya citado P. Zeferino González de la ciencia que nos ocupa.

«Hasta aquí, dice, hemos considerado al cristianismo en sus relaciones con la Filosofía de la Historia: puede considerarse como un sistema puramente racional, como una teoría ó conjunto de doctrinas accesibles á la razón humana. Mas si penetramos ahora en el fondo y esencia del cristianismo; si colocándonos en la revelación divina que lleva en su seno, la misma que constituye como el coronamiento del grande edificio, lanzamos una mirada escrutadora y penetrante sobre el campo inmenso á la vez que oscuro y confuso de la Historia universal del hombre sobre la tierra, veremos disiparse más y más las sombras del pasado y del porvenir. Porque la Filosofía de la Historia se hace relativamente clara y accesible á la comprensión humana, siente consolidarse sus bases y ensancharse sus horizontes, cuando el observador, elevando su mirada sobre el terre-



no estrecho de la observación histórica, y abandonando el terreno inseguro y fantástico de las concepciones *a priori*, se coloca en la grande idea de la redención del género humano por Jesucristo, idea capital, síntesis completa y punto central del cristianismo como religión revelada y divina. Desde este punto de vista, la Historia universal se aclara, se explica y se concibe con relativa evidencia y facilidad; porque la redención del hombre en Jesucristo y por Jesucristo, punto central del cristianismo, lo es igualmente de la Historia humana.

«Y no será difícil alcanzar la razón y la verdad de la afirmación que antecede, si se tiene presente que la concepción católica de la redención se halla en íntima y estrecha relación con la doble concepción relativa al origen y al destino final del hombre. Las evoluciones históricas de la humanidad á través del espacio y del tiempo, y hasta su existencia misma, son inexplicables y en cierto modo inconcebibles sin la idea del origen del hombre y de su destino final. El movimiento sucesivo supone y exige un principio y un fin ú objeto, sin los cuales no es posible señalar la razón suficiente de las condiciones del movimiento, siendo como es evidente que las condiciones y vicisitudes del movimiento deben estar en relación con la naturaleza y condiciones de su principio y de su término. A la luz de esta verdad, incontestable en buena lógica, examinaremos después algunas de las principales teorías sobre la Filosofía de la Historia. Lo que ahora debemos y queremos consignar, es la vivísima luz que el cristianismo difunde sobre la Historia universal por medio de sus elevadas y nobles ideas acerca del origen, la redención y el destino final del hombre. Estas tres ideas, de las cuales la una llama á la otra, constituyen por un lado la síntesis completa del cristianismo, y suministran á la vez á la Filosofía de la Historia la base más racional, más sólida, más práctica y armónica con los hechos, mientras que el racionalismo, en sus diferentes formas, ó niega el destino final del hombre como individuo, ó prescinde de él, pudiendo decirse que anula al propio tiempo el destino social de la

humanidad; porque esto y no otra cosa significan, en realidad, esa evolución sempiterna del absoluto, ese progreso indefinido, ese movimiento circular de la humanidad, frases sonoras que ocultan y disimulan el vacío y la nada que semejantes teorías encierran. Comparemos si no esas teorías desconsoladoras, estériles y frías con la concepción cristiana.

«Admite esta, por una parte, la ley del progreso en la humanidad colectiva; admite el desarrollo y transformaciones sociales que se realizan y manifiestan en la sucesión de los siglos, como revelaciones más ó menos aparentes, más ó menos completas, de las diferentes civilizaciones cuyo desenlace y período final sobre la tierra que habitamos á solo Dios es conocido, constituyendo uno de los secretos de su providencia omnisciente y omnipotente. Empero al lado de este destino final de las sociedades humanas más ó menos oculto y reservado á nuestra vista, la concepción cristiana señala y determina con toda firmeza el destino final del individuo, y lo que es más importante para el hombre, nos enseña que este destino individual es independiente del social: en todo período, en todo lugar, en toda nación, en todo clima, en toda civilización, el hombre individuo, la persona humana está destinada á la posesión de Dios, á una felicidad suprema y eterna después de la muerte, siempre que durante la fugitiva vida presente obre el bien y practique la virtud. Ante los individuos como ante las naciones, Dios ha colocado el bien y el mal, la virtud y el vicio, la bendición y la maldición, la vida y la muerte, y si es cierto que levanta y abate á las naciones á medida de sus virtudes y sus vicios, no lo es menos que eleva hasta á sí después de la muerte á todo hombre que en la vida presente ha obrado libremente el bien, y que le hace participante de su propia vida, de una felicidad suprema, cuya extensión, latitud y profundidad no es dado al hombre comprender, porque *ni el ojo vió, ni el oído oyó lo que Dios tiene preparado para los que le aman*. Preguntad al racionalismo, decid al panteísmo que os señale el destino final del hombre. Os hablarán de desarrollo armónico de las facultades del hombre; os habla-





rán de progreso indefinido de la humanidad; os hablarán de evolucion sucesiva de la vida del Absoluto; os hablarán de la humanidad que aspira á conocer, sentir y realizar lo divino como el objeto absoluto en la esfera de la libertad, es decir, que todos os darán alguna noción, siquiera vaga y confusa, del destino final del hombre como parte ó elemento de la sociedad, del hombre como colectividad social. Pero decidles que os señalen el destino final del hombre como ser personal, como individuo inteligente y libre por sí mismo, y estad seguro de que no recibireis más respuesta que el silencio, ó cuando más algunas frases vagas é incoherentes sobre union íntima del hombre con lo divino, ó lo que es lo mismo, absorcion é identificacion del individuo con la sustancia divina, único ser real y sustancial. Inmenso es el vacío que sobre esta materia tan interesante y vital para el hombre dejan en pos de sí todas las teorías racionalistas que se refieren á la Filosofía de la Historia; y esta sola consideracion revela y demuestra suficientemente lo frágil de sus cimientos y la superioridad de la teoría cristiana.

»Grande y viva, como es la luz que sobre la Historia refleja y derrama la concepcion cristiana en orden al destino del hombre, son indudablemente más brillantes los destellos que sobre la misma Historia difunde la idea de la caida original y de la redencion de la humanidad por Jesucristo. Ya hemos dicho que estas tres ideas fundamentales del cristianismo se enlazan estrechamente entre sí, se atraen, se llaman, se robustecen y se suponen reciprocamente. El dogma de la redencion, supone el dogma de la caida; esta caida ó pecado original contiene la razon suficiente de la redencion, y la redencion y la caida original explican á su vez el destino final del hombre.

»Pero aparte de esta relacion interna entre estas tres ideas, ó mejor dicho, á causa de esa misma relacion, estas tres ideas, que son á la vez tres hechos, encierran los elementos esenciales de la verdadera Filosofía de la Historia. La redencion, como idea, reasume y contiene las otras dos, la de la caida original y la del destino final del género humano, y por consi-

guiente es la concepcion fundamental, la idea-madre del cristianismo como religion. La misma redencion, como hecho histórico, sintetiza el mundo antiguo y el mundo moderno, constituye el punto céntrico de la Historia universal, y explica las grandes trasformaciones, vicisitudes y fases de la civilizacion como expresion externa y sensible de la ley histórica.

»En efecto: la redencion, como idea y como hecho, es la única que puede explicar satisfactoriamente la Historia antigua, haciéndonos ver en ella una preparacion, por medio de la cual la Providencia divina agita, dirige y predispone la humanidad para su renovacion y restauracion en Cristo, Verbo de Dios. La Historia antigua representa tambien la lucha del hombre contra la caida primitiva, contra el pecado original; es una demostracion práctica é histórica de la existencia y realidad de esa degeneracion ó caida primitiva, toda vez que á pesar de los grandes y nobles esfuerzos del hombre contra ella, esfuerzos representados por grandes filósofos, grandes legisladores, grandes sábios y conquistadores, así como por las civilizaciones varias que en la esfera del mundo aparecen sucesivamente durante aquel gran período, vemos no obstante al hombre próximo á sucumbir al aproximarse la redencion cristiana. Porque sabido es que la civilizacion greco-romana, que habia recogido y desarrollado los elementos de las civilizaciones anteriores, era un sepulcro blanqueado, lleno de infeccion y podredumbre, era un cadáver que llevaba en sus entrañas un principio inevitable de corrupcion y de muerte. En una palabra: la Historia antigua representa el momento histórico de la humanidad, durante el cual esta es subyugada, herida, afeada, casi vencida y dominada por el mal en todas sus formas, como consecuencia y resultado de la caida original; es la lucha del hombre abandonado á sus propias fuerzas con el mal en todas sus manifestaciones; es la demostracion experimental de la impotencia de la razon humana para realizar por sí misma el bien completo, y principalmente para llegar á la posesion del Dios infinito, vivo y verdadero, cuyo presentimiento posee, y cuya aspiracion se agita sordamente en el fondo de su concien-



cia. Así es que, al aproximarse el gran momento histórico de la redencion, un grito inmenso de angustia á la vez que de esperanza salia de toda conciencia, de todo corazon y de todo pensamiento, y la humanidad toda parecia haberse convertido instintivamente en eco unánime de Platon cuando proclamaba la necesidad de una ensenanza divina para conocer la verdad. En la esfera religiosa, lo mismo que en la esfera científica, filosófica, social, política y moral, la sociedad antigua, en resbaladiza pendiente colocada, caminaba rápidamente hácia la muerte en sus últimos años, y no es fácil calcular lo que hubiera sido de aquella sociedad, qué giro hubiera tomado la Historia y la civilizacion, á no haber aparecido sobre la tierra el Verbo de Dios hecho carne, lleno de gracia y de verdad, para dar principio al gran período histórico-cristiano, que representa y expresa la gran revolucion operada en el seno de la humanidad por la redencion que trajo al mundo ese Verbo de Dios, por quien todas las cosas fueron, y por quien todas debian ser restauradas: *instaurare omnia in Christo*.

»Pero la plenitud de los tiempos estaba próxima: el Dios del poder, de la misericordia y de la justicia, que en los decretos inexcrutables de su Providencia habia querido que el hombre conociera experimentalmente la debilidad é impotencia relativa en sus propias fuerzas para obrar el bien, aceleró el tiempo de la gran redencion, y apareció sobre la tierra el Hombre-Dios. Y la humanidad, que se hallaba próxima á sucumbir oprimida bajo el peso de sus vicios y pasiones, de sus errores y extravíos, de sus luchas estériles, de su profunda y universal degradacion religiosa, social, política y moral, sintió correr por sus venas un fuego que, mientras por un lado consumia y abrasaba los principios de corrupcion y de muerte que en su seno encerraba, vivificaba por otro sus miembros atrofiados, implantando en su corazon el germen fecundo de una nueva y superior vida. Desde aquel feliz momento, el hombre supo con certeza y seguridad de dónde venia y adónde caminaba; reconoció y admiró la elevacion y magnificencia de su destino final, así como los medios más eficaces, prác-

ticos y sencillos para llegar á su posesion. Desde entonces, el espiritualismo divino tomó carta de naturaleza en la conciencia humana, y la idea sublime de un Dios espíritu, personal, viviente, anterior y superior al mundo, inteligencia infinita y bondad suma, arrojó de su presencia á la divinidad fraccionada, dispersa y envilecida, que la ciencia y la religion del mundo antiguo habian buscado y adorado en la piedra, en el astro y en el hombre. Y el espiritualismo humano reapareció otra vez sobre la tierra, para no desaparecer jamás de la conciencia cristiana; porque á la luz de la palabra del Verbo, que restauraba y afirmaba el dogma del origen divino del primer hombre, y el dogma de la redencion por el Hijo de Dios, y el dogma de la vida eterna y divina como destino señalado al hombre, la espiritualidad del alma humana, lo mismo que su dignidad, su libertad, su personalidad moral en la vida presente y en la futura, pasaron á ser verdades encarnadas en el corazon de las sociedades humanas dotadas de alguna civilizacion, siquiera incompleta.

»Empero la revelacion más admirable y magnífica del cristianismo, considerado en el orden puramente humano, y abstraccion hecha de su fase sobrenatural y divina, es, á no dudarlo, ese gran fenómeno histórico-social que conocemos bajo el nombre de *civilizacion cristiana*; de esa civilizacion que llena y ennoblece al mundo moderno, que le coloca á una inmensa distancia y elevacion sobre el mundo antiguo. La idea de la libertad y de la dignidad humana, sancionada por la sangre de los mártires al enrojecer la arena del Coliseo, la concepcion de la fraternidad universal y el espíritu de caridad, de sacrificio y de amor, ideas capitales que constituyen el fondo del cristianismo, constituyen á la vez el germen fecundo y el fondo real de esa civilizacion cristiana que viene desenvolviéndose majestuosamente á través de los siglos; son el origen de esa vida inextinguible, enérgica, vigorosa, que se revela en la civilizacion cristiana; son la razon suficiente de esa poderosa fuerza de expansion con que tiende á difundirse por todos los climas y asimilarse todos los pueblos. Lo confe-





samos con toda sinceridad: el espectáculo de la civilización cristiana con su evolución progresiva y ascendente bajo todos los puntos de vista, con su vitalidad inagotable, con sus grandes caracteres que tanto la separan y elevan sobre todas las civilizaciones antiguas ó modernas que se hallan fuera de su órbita, constituye para nosotros una de las demostraciones más irrefragables, más concluyentes y más filosóficas de la divinidad del cristianismo.

»En conclusión: la aparición del cristianismo sobre la tierra representa y encierra el punto céntrico de la Historia, y reasume por consiguiente la ley histórica, como primera derivación, como revelación inmediata de la relación entre la acción divina y la libertad humana, elementos y factores principales de la Historia universal. Situado el observador en este gran momento histórico, descubre á su izquierda el gran período de preparación, representado por los imperios y civilizaciones del mundo antiguo, lucha gigantesca entre el bien y el mal, durante la cual el último tiende á absorber al primero y parece próximo á la victoria; á la derecha descubre la gran transformación operada en el género humano después de Jesucristo y por la virtud de su palabra, que depositó en el seno de esa humanidad los gérmenes fecundos de lo que llamamos civilización cristiana, gérmenes que vienen desarrollándose con sorprendente vigor y energía, y cuya vitalidad parece indefinida é inagotable.

»Considerada la Historia universal desde este punto de vista, tan elevado como filosófico, tiene por objeto y resultado demostrar la impotencia relativa de la razón humana para prevalecer sobre el mal en sus varias formas, así como también para constituir una civilización permanente y completa, especialmente en el orden moral y religioso; y consiguientemente, la necesidad y la eficacia práctica de un elemento superior y divino que, transformando, desarrollando y vigorizando la razón, la haga capaz de producir, desarrollar y conservar una civilización superior y digna de este nombre, cual es la civilización cristiana. El período histórico anterior á Jesucristo representa la pri-

mera fase de esta verdad; el período posterior ó cristiano, representa la segunda. Este doble objeto universal y providencial de la Historia, en perfecta consonancia, por otra parte, con el contenido de esta, tiene la ventaja de subordinar á la idea de *preparación*, en el sentido explicado, todas las civilizaciones antiguas, sin incurrir en el defecto de Bossuet al hacer caso omiso de los imperios y civilizaciones del Asia central, y contiene al propio tiempo la razón suficiente de la marcha, vicisitudes, imperfección y esterilidad relativa de las civilizaciones contemporáneas que se mueven y marchan fuera de la órbita cristiana; porque las primeras, lo mismo que las segundas, concurren á demostrar la impotencia y la esterilidad de la razón humana para producir, conservar y desenvolver en marcha progresiva, perseverante y ascendente, una civilización relativamente perfecta, cual es indudablemente la cristiana, y la necesidad de un elemento divino, de una intervención tan especial como amorosa del Omnipotente para llegar á este resultado. Abrigamos, por lo tanto, la convicción de que la realización de este doble objeto en la Historia y por la Historia, levanta una punta del velo que cubre á nuestros ojos el plan íntegro y complejo de la Providencia divina con respecto al movimiento total histórico de la humanidad, pudiendo considerarse como una indicación más ó menos segura, como una revelación parcial, como una fórmula ó ley intermedia que refleja en parte y se relaciona por uno de sus lados con la ley primitiva, *a priori*, fundamental y única de la Historia, consistente, como hemos dicho muchas veces, en la relación entre la acción ó voluntad divina, y la acción ó libertad humana, y que, por otro lado, ó sea por su lado inferior, se relaciona con las leyes que pudiéramos llamar secundarias y derivadas, cuales son las del progreso, de la espontaneidad y reflexión, de la justicia eterna con otras análogas.

»Aquí debiéramos poner fin á este ligero trabajo, toda vez que ya dejamos consignado arriba que nuestro designio principal al emprenderlo fué precisamente demostrar que el cristianismo no rechaza la Filosofía de la His-



toria, y que esta es perfectamente compatible con la Filosofía cristiana, designio que creemos haber realizado al trazar en las líneas que preceden un bosquejo incompleto de nuestra teoría sobre la Filosofía de la Historia. Permitido nos será, sin embargo, antes de concluir, emitir algunas breves consideraciones, encaminadas á poner de manifiesto el error de las principales teorías más ó menos anticristianas, así como también su inferioridad relativa, aun consideradas en el terreno puramente racional y filosófico.

»Tomemos, por ejemplo, la teoría de Vico, cuyas tendencias y defectos generales hemos discutido antes, y le veremos sentar principios, afirmar doctrinas y suponer hechos que ni la razón, ni la ciencia, ni la experiencia se encargan de comprobar ni abonar. Sabido es que para el filósofo italiano, *la naturaleza común de las naciones* constituye la base obligada y la razón suficiente de las civilizaciones que aparecen en la Historia, y que esta *naturaleza común* se revela y manifiesta por la *religion*, el *matrimonio* y la *sepultura*. En la concepción y en la teoría de Vico, esto quiere decir que la religion, el matrimonio y la sepultura son como los primeros pasos del hombre salvaje en la senda de la civilización, son sus formas primitivas y rudimentarias; porque es preciso no perder de vista que para nuestro filósofo los hombres, después del diluvio, se hallaron reducidos al estado y condición de las bestias, doctrina con la cual preparó el camino á las teorías de Rousseau y sentó las bases del contrato social. Si á esto se añade ahora que para Vico la idea de Dios y la religion no reconocen otro origen que el miedo ó temor producido en los antiguos gigantes por el ruido del trueno, no será difícil persuadirse que hay mucho de arbitrario, de hipotético, y sobre todo de contrario á la razón y la ciencia en sus principios, afirmaciones y tendencias. Tomar como base y hasta como elemento generador de la historia el estado salvaje y brutal del hombre, es levantar la Filosofía de la Historia sobre una hipótesis gratuita, y sobre gratuita, rechazada por la ciencia y la observación. Ni el análisis científico, ni la inducción histórica, ni la ob-

servación psicológica permiten, por otra parte, atribuir al hombre la carencia absoluta de la idea de Dios, ó la ausencia completa del sentimiento religioso. La obra de Bunsen, *Dios en la Historia*, en médio y á pesar de sus tendencias y doctrinas místico-panteísticas, contiene la demostración más completa é irrefragable del error fundamental de la *Ciencia Nueva* de Vico, bajo este punto de vista.

»Recuérdense también las indicaciones que al principio hemos consignado acerca de ese círculo fatal y sempiterno que, según la teoría de este filósofo, absorbe la historia y anula la ley del progreso.

»Verdad es que algunos de los partidarios y sucesores de Vico han pretendido evitar, ó mejor dicho, disimular este grave inconveniente, resolviendo y traduciendo en elementos monárquico, aristocrático y democrático, los elementos divino, heroico y humano de la teoría de aquel, afirmando á la vez que el hombre entrará en posesión del ideal político y estable del progreso y de la civilización, cuando llegue á combinar y equilibrar convenientemente estos tres elementos. Empero cualquiera que sea la opinión que se adopte acerca de esta interpretación ó modificación de la teoría de Vico, es lo cierto que este condena á la humanidad á moverse siempre en un círculo de hierro, pasando del estado salvaje á la monarquía, de esta á la anarquía y salvajismo, para recorrer de nuevo el mismo camino.

»En armonía con el propósito antes consignado de poner en parangón la teoría cristiana sobre la Filosofía de la Historia que hemos bosquejado, con las principales teorías anticristianas, añadiremos algunas reflexiones á las que en la primera parte de este trabajo dejamos expuestas acerca de la teoría kraussista, que es una de las que cuentan mayor número de partidarios en nuestra patria.

»Aparte de sus principios y doctrinas evidentemente panteístas, de que nos hemos ocupado antes, lo primero que llama la atención en la teoría kraussista sobre Filosofía de la Historia, es la indecisión, vaguedad y confusión, ó si se quiere, contradicción de afirmaciones que se observa en la misma con respecto al destino





final de la humanidad. Unas veces parece que afirma y se supone que tras de largos periodos y vicisitudes históricas, la humanidad realizará por fin su destino sobre la tierra, que entrará en posesión de la felicidad completa, que florecerá el reino de Dios en este mundo terrestre, y desaparecerán los males todos que hoy aquejan y perturban a la naturaleza humana. Oigamos si no cómo se expresan el mismo Krausse y el principal representante de su doctrina en España, en el *Ideal de la humanidad*, libro clásico del kraussismo español:

«Nuestra humanidad, escribe el primero (1), no está, pues, todavía reunida en un todo orgánico en sí y en sus sociedades interiores; todavía no vive en la Historia como una familia de hijos de Dios, como una patria terrena; pero está llamada a ello y lo alcanzará algún día. Dios, la razón, la naturaleza y la voz interior en cada hombre, nos mueven a esta plenitud última. La deliciosa morada de la tierra, rica de vida, proporcionada en grandes y pequeñas divisiones territoriales... espera de los esfuerzos comunes y de la paz entre los hombres la época de reunir en su suelo un solo pueblo y una familia humana...

«Ciencia, arte, estado, religión, todas estas instituciones fundamentales miran últimamente a la realización de toda la humanidad en la tierra como un hombre interiormente culto, y al complemento igual de este hombre en todas sus partes, órganos y fuerzas... Aunque se necesiten muchos siglos para ver históricamente cumplido este fin último, ¿es ménos digno del hombre considerar como un presente el total porvenir de nuestra naturaleza?»

«Todo noble corazón debe anhelar este fin supremo de los fines humanos. Debe ser el norte de nuestras obras y nuestros conatos despertar en todos los hombres la idea de la humanidad, como un todo y vida orgánica sobre la tierra; y en este espíritu debemos pensar todo pensamiento y cumplir toda obra.»

«A juzgar por estos pasajes y a pesar de la vaguedad y oscuridad del lenguaje caracteris-

(1) *Ideal de la Humanidad para la vida*, etc., segunda edición, pág. 76.

ticas en esta escuela, hay derecho a suponer y afirmar que para Krausse el destino final de la humanidad sobre la tierra es llegar a la posesión tranquila de esta por medio de la paz, armonía y unión perfecta de todos los individuos y pueblos de la familia humana, ó sea fundar el reino de la unitaria Humanidad sobre la tierra, como dice en otra parte. Que esto y no otra cosa puede deducirse legítimamente, cuando se nos dice que el fin último de la humanidad, que este fin supremo de los fines humanos, lo alcanzará algún día el hombre, y será cuando viva sobre la tierra como una familia de hijos de Dios. Doctrina es esta que se halla en perfecto acuerdo con lo que en otro lugar escribe, señalando como fin y bien común para la sociedad humana terrestre la humanización en el tiempo de nuestra humana eterna naturaleza.

«Pueden añadirse a lo dicho aquellos pasajes en que describe el estado perfecto de la humanidad, cuando entre en posesión de esa plenitud de vida que constituye su destino sobre la tierra. «Cuando sea cumplida en esta tierra y en la Historia aquella plenitud de vida que hemos definido como la reunión de la unidad con su interior variedad, entonces Dios será conocido, no sólo como uno (unidad pura), sino como interiormente lleno y como el Supremo sobre el mundo. (En lenguaje castellano, esta frase kraussista quiere decir que Dios es la única realidad objetiva, el sér infinito-todo que constituye el fondo esencial de todas las cosas.) En Dios, y en relación bajo Dios de todos los seres finitos, será entonces conocido el destino de la vida histórica en propiedad y en realidad y en su última perfección... Dios será presente en conocimiento, en sentimiento y en vida a nuestra humanidad, y dentro de la humanidad a los hombres unidos en sociedad religiosa y en subordinación común a Dios... Todos los perjuicios que retardan hoy una nueva alianza de la humanidad con Dios, desaparecerán en la edad plena y armónica (1).»

«Toda esta pseudopoética fraseología del filó-

(1) *Ideal de la Humanidad para la vida*, etc., segunda edición, pág. 276.



sofo alemán, no tiene otro objeto sino enseñar que, después de siglos y siglos, después de periodos y periodos, durante los cuales desaparecerán las oposiciones y limitaciones de la humanidad en las diferentes esferas de su desarrollo, llegará por fin la plenitud de la vida, la humanización en el tiempo de nuestra humana eterna naturaleza, y la tierra se convertirá en una especie de Jauja, en un nuevo reino milenarío, en que todo será paz, felicidad y bienandanza, desapareciendo todas las contradicciones, todos los errores y todos los males. Y para persuadirnos de que este es el verdadero pensamiento de Krausse en los pasajes citados y aludidos, veamos de qué manera los comenta y expone nuestro Sanz del Río, su discípulo y representante principal en España.

«En esta nueva vida, dice (1), los presentimientos primitivos de un reino de Dios en la tierra, y de una comunicación de Dios con la humanidad, tendrán su cumplimiento, en vez de la orfandad y desheredación presente.

«Todos los errores y males pasados, hasta la pena merecida por la culpa, son para la inocente venidera humanidad enseñanzas nunca perdidas de Dios a ella. Este porvenir y vida armónica de la humanidad consigo misma y con Dios, vendrá a nosotros por la fuerza de las relaciones, pasada la edad presente. Entonces, sin perjuicio, ni contradicción, ni impedimento de nuestra obra terrena, completaremos aquellos misteriosos presentimientos del espíritu infante.»

«Entonces, añade más adelante (2), sabremos de cierto que Dios nos da aquí también un cielo real con anticipada visión del espíritu y goce del corazón mediante el mérito de la voluntad.

«Y estando la humanidad al mismo tiempo organizada subjetivamente en sus familias y pueblos y uniones de pueblos, y objetivamente en ciencia y arte, en forma de estado, moral, religión y libre comercio social, y entendiéndolo bien su Historia pasada, curará ella misma, por

(1) *Ideal de la Humanidad para la vida*, etc., segunda edición, pág. 287.

(2) *Ibid.*, pág. 289.

la fuerza de su salud, todos los males que hoy todavía tuercen y cortan el camino de la vida, la guerra y el despotismo, la injusticia y el egoísmo, la indiferencia y el escepticismo. Nada hará perder a la humanidad el nuevo puerto ganado.»

«A juzgar por los precedentes pasajes, parece natural el pensar que el destino real y final del hombre sobre la tierra no es otro que realizar lo que los adeptos del kraussismo suelen apellidar edad armónica del hombre, que sucede a la edad opositiva y a la simple ó inocente. Pero la verdad es, que los principios y el espíritu del sistema exigen y suponen en la humanidad nuevas vivificaciones y transformaciones, por medio de las cuales aquella camina y se acerca más y más a Dios sin alcanzar nunca su posesión efectiva y perfecta, como que la vida y la historia de la humanidad no es más que una parte de la vida é historia eterna de Dios, es decir, la única y absoluta realidad que constituye el fondo misterioso de todas las cosas, según la concepción kraussista. «Entonces será claro para los hombres, escribe el filósofo alemán (1), que también la vida histórica del espíritu, de la naturaleza y de la humanidad, es aquí y en todo lugar parte de la vida é historia eterna.» «Frutos abundantes de esta raíz sana, escribe a su vez su discípulo español el citado Sanz del Río (2), el respeto de la vida por motivo de Dios, recogerá la humanidad en su camino, sobrado largo para nacer y renacer, y revivir infinitas veces en infinitos mundos; pero el fruto último, la posesión absoluta de su objeto, en el sentido vulgar de la palabra, no la alcanzará, tan cierto como el hombre es finito, y Dios, el objeto absoluto, es infinito.»

«Como no es nuestro propósito al presente entrar en una discusión científica y detallada acerca de la teoría kraussista, nos contentaremos con llamar la atención sobre las dos consecuencias principales que se desprenden de los pasajes é indicaciones precedentes:

1.ª «Existe cierta vaguedad y contradicción

(1) *Ideal de la Humanidad para la vida*, etc., segunda edición, pág. 278.

(2) *Ibid.*, pág. 273.